



DAVID ARMITAGE

MM: Como he hecho en otras entrevistas le pregunto inicialmente sobre su educación, su itinerario académico y sus primeros años en la investigación histórica. ¿Cómo se interesó por la historia? ¿Cómo fue su formación intelectual y quiénes fueron los maestros o primeros colegas que han influido en usted en esos primeros años?

DA: Mi interés por la historia como materia académica fue muy anterior a mi época en la universidad y solo volvió después de que me gradué y, de hecho, después de que yo ya había comenzado mi doctorado. No puedo decir que siempre me haya interesado el pasado, o que tenga recuerdos de mi infancia de querer ser historiador, pero recuerdo haber comprado mis primeros libros serios de la historia –una biografía sobre Alexander von Humboldt y *El arte de la memoria* de Frances Yates–, cuando yo estaba en mi adolescencia. Pero, mi principal inspiración fue Nicholas Henshall, historiador brillante y erudito, especialista en la Europa del siglo XVIII, quien lamentablemente falleció en 2015. Él enseñaba historia a un nivel tan elevado que justamente decidí que no quería dedicarme a ello y por eso me incliné por la literatura inglesa en Cambridge. Después de graduarme, empecé un doctorado sobre Shakespeare, pero pronto descubrí que estaba en el camino intelectual equivocado. Y, es más, pude haber dejado la profesión académica entre aquellas indecisiones, pero tuve la suerte de obtener una beca de dos años a la Universidad de Princeton, justo en el momento en que fue el epicentro de los estudios sobre la historia europea moderna y especialmente en la historia cultural. Allí tuve la suerte de estudiar con Lawrence Stone, el gran historiador de la Inglaterra del siglo XVII, y ser guiado por John (ahora Sir John) Elliott, el mayor historiador anglo-parlante de la España moderna e imperial. También me cautivaron los





trabajos de Quentin Skinner, cuya combinación de riguroso análisis textual con atención al contexto intelectual se convirtió en el modelo de referencia de mis propios trabajos. Por lo tanto, fui increíblemente afortunado y privilegiado cuando Quentin accedió a guiarme para completar mi doctorado y a rencausarme formalmente desde la literatura a la historia intelectual. ¡El resto es historia! Como resultado de esta trayectoria sinuosa, tengo una formación intelectual bastante inusual: creo que mis únicas cualificaciones formales como historiador son el examen que hice en la escuela cuando tenía diecisiete años y la tesis de doctorado que defendí años más tarde.

MM: ¿Qué nos puede decir acerca de las contribuciones de la Escuela de Cambridge al análisis del pensamiento político y a la metodología de la Nueva Historia Británica?

DA: La Escuela de Cambridge es algo así como una ilusión óptica, visible desde todas partes excepto desde Cambridge, y que se disuelve cuanto más uno se acerca a ella. Tuve suerte no solo de ser supervisado en mi doctorado por Quentin Skinner, que se convirtió en un amigo cercano, colaborador e infalible colega, sino también de tomar seminarios con John Pocock en la Biblioteca Folger Shakespeare mientras yo estaba estudiando en Princeton. Quentin y John, junto con John Dunn, son generalmente tomados como los pilares de la Escuela de Cambridge. Ciertamente compartieron un deseo fundamental de hacer a la historia intelectual –especialmente la historia del pensamiento político– más cercana al análisis histórico que al filosófico. Estos grandes académicos conformaron lo que *era* la época moderna para mí, pero después de un tiempo me sorprendieron más por sus diferencias que por sus similitudes, en términos de sus estilos intelectuales, puntos de interés y compromisos metodológicos. Solo puedo hablar de lo que aprendí de ellos, más que de las supuestas «contribuciones» de la supuesta escuela en su conjunto. Dicho esto, siempre me he visto a mí mismo haciendo preguntas «pocockonianas» con métodos «skinnerianos». La «Nueva Historia Británica» fue, al menos inicialmente, no un proyecto de historia intelectual para Pocock, aunque pronto generó el Centro para la Historia del Pensamiento Político Británico en la Biblioteca Folger. Yo he tenido el privilegio de formar parte de su comité directivo durante muchos años, y más aún de haber trabajado





estrechamente con John Pocock en sus programas durante la mayor parte de una década hasta su retiro del Centro hace no hace mucho a la edad de noventa años. Mi primer libro se conecta explícitamente a la Nueva Historia Británica de Pocock al examinar la dinámica de la formación del Estado en relación con la construcción de imperios en los Tres Reinos de Gran Bretaña e Irlanda y luego hacia el mundo atlántico británico. Pero lo hice mediante una contextualización «skinneriana» de los argumentos políticos sobre Gran Bretaña y sobre el imperio desde la década de 1530 hasta la década de 1740. No habría podido lograr esto si hubiera estudiado tanto con Pocock como con Skinner de manera excluyente, ni sin ambos por supuesto. En este sentido, hay pocos, si es que hay alguno, representantes de alguna «putativa» Escuela de Cambridge: Pocock rara vez habla de contextualización, intenciones o argumentos como movimientos dentro del juego de lenguaje, como lo hizo Skinner en sus clásicos ensayos metodológicos, y Skinner nunca ha expresado ningún interés en las cuestiones que instituyen a la «nueva historia Británica», un conjunto de preocupaciones estrechamente relacionadas con la propia ascendencia y afiliaciones de Pocock. Esto no puede tampoco negar las contribuciones de lo que algunos llaman la «Escuela de Cambridge» a la vitalidad contemporánea de la historia intelectual y la historia del pensamiento político, pero es más cauteloso ser un poco más escéptico sobre la invocación de entidades ficticias, cuya existencia misma podría ser negada hasta por sus presuntos afiliados.

MM: Sin encasillar todo maquinalmente en la Escuela de Cambridge, pero quizás hablando de ciertas líneas de trabajo que comparten aproximaciones y perspectivas, y refiriéndonos puntualmente a su libro *The Ideological Origins of the British Empire* (2000), ¿cuánto hay de estos referentes en sus conceptos de ideología o de identidad? ¿Y cómo explica esos términos?

DA: Esta distinción –entre ideología e identidad– es un ejemplo de mi clara deuda con Quentin Skinner en mi libro *The Ideological Origins*, así como un sutil signo de mi propia antipatía hacia el lenguaje generalizado de la identidad (nacional) en los trabajos históricos de los años noventa. La deuda skinneriana se remonta a algunos de sus ensayos metodológicos en los que defendía la ideología como uno de los obje-





tos de estudio del historiador intelectual: es decir, la ideología no en el sentido marxista de una falsa conciencia que debía desenmascarse, sino más bien la ideología en el sentido de una cosmovisión coherente abierta a la discusión y al argumento. El título del libro tenía deliberadamente dos aristas: quise decir que implicaba que los orígenes de un «imperio» concebido como «británico» podían encontrarse, primero y ante todo, en una visión global de un imperio protestante, comercial, marítimo y libre, pero también pretendía que significara que los orígenes del imperio británico eran ideológicos en el sentido de que eran el producto del debate político entre quienes tenían visiones antagonistas de los objetivos y del carácter de ese imperio. Lo que específicamente *no* argumentaba era que la visión resultante podía concebirse como una *identidad*. ¿Cuál era mi problema con ese concepto? Bueno, para empezar, en el peor de los casos era anacrónico y, en el mejor de los casos, altamente técnico para el período que estudiaba. Identidad era un término de práctica solo entre los filósofos. Si le preguntaba a alguien en Gran Bretaña de mediados del siglo XVIII, «¿cuál era su identidad?», te hubieran mirado bastante perplejo. Entonces, aun ausente el anacronismo, me parece que hay una perpetua confusión en los usos del concepto de «identidad» entre los académicos. Quizás algunos de ellos entienden a ese término como «identidad propia» (cómo los grupos o individuos perciben sus propias características determinantes) o como «identificación» (cómo otros perciben las características definitorias de esos grupos o individuos). Habría que estudiar cada definición de manera precisa. Yo estoy totalmente de acuerdo con lo que Colin Kidd dijo en su libro *British Identities before Nationalism* (1999), esto es, que la «identidad» es un término no muy apropiado para referirse a antes de la última parte del siglo XIX y para diversas formas de identificación que los contemporáneos habrían visto en términos de status, confesión, origen, etc. Ideología es argumento, y eso es algo que los historiadores pueden reconstruir a partir de la evidencia disponible. Identidad está más allá de esa aprehensión, a menos que hablemos acerca de la categoría de identificación por parte de otros. En cuyo caso, deberíamos estudiar las concepciones de los españoles o de los asiáticos sobre el imperio británico, no las concepciones británicas en la edad moderna.





MM: En este libro *The Ideological Origins of the British Empire* (2000) hizo un extraordinario análisis sobre el alcance temporal y espacial del imperio británico. ¿De qué manera su enfoque está relacionado con este trabajo de Bernard Bailyn sobre la Revolución de Estados Unidos y cómo se distancia del mismo?

DA: Ciertamente estaba influenciado por *Los orígenes ideológicos de la Revolución Americana* de Bernard Bailyn (1969); de hecho, debería señalar que estaba profundamente impresionado por esta obra. Curiosamente, gran parte de lo que escribió en términos de ideología está más cerca de lo que yo podría denominar identidad; visiones del mundo, pero visiones de las acciones humanas y sus motivos que se aproximan a las identidades. Más precisamente, yo estaba tan interesado, como Bailyn, en la llamada ideología del «país» del siglo XVII y sus trayectorias en el tiempo –hasta finales del siglo XVIII– y en el espacio, alrededor del archipiélago atlántico y a través del angloparlante mundo atlántico. En un momento de la larga gestación de mi libro, había considerado llevar la historia hasta la década de 1760, e incluso la de 1770, para mostrar que los orígenes ideológicos del Imperio Británico eran nada menos que los orígenes ideológicos de la Revolución Americana. En definitiva, no pude concretar esta última instancia, pero todavía creo que los dos libros, el mío y el del profesor Bailyn se pueden leer en tándem, aunque esto signifique una gran desventaja para el mío.

MM: Esto me lleva al libro *The British Atlantic World 1500-1800* (2002), que usted editó junto con Michael Braddick. En referencia a las contribuciones de Bailyn a la escuela denominada «Historia Atlántica», ¿cuáles fueron las críticas o reformulaciones a la Historia del Atlántico en ese momento?

DA: Debo volver atrás algún tiempo, ya que hace casi quince años que apareció la primera edición de *The British Atlantic World*, aunque una segunda edición fue publicada en 2009. El punto en ese momento era aplicar el modelo de Bernard Bailyn de la Historia del Atlántico a un estudio de caso específico, es decir al mundo anglófono atlántico, como modelo para otras investigaciones acerca de la utilidad del paradigma atlántico. Mi propia contribución a ese volumen, un artículo denominado «Tres conceptos de la Historia Atlántica», analizó aquel





campo de estudio sugiriendo tres paradigmas para el tratado de la historia atlántica: historia *circum*-atlántica, *trans*-atlántica y *cis*-atlántica o, respectivamente, historia Atlántica como una zona de circulación e intercambio, historia Atlántica como una forma de historia comparada, congregando regiones y lugares, y la historia de puntos específicos, como puertos, ciudades, islas, incluso naciones enteras, en la perspectiva atlántica. Mi objetivo era menos crítico y más clarificador, y ciertamente, el éxito de ese ensayo en las aulas desde entonces sugiere que logré este objetivo. Muchos años más tarde, estoy editando un volumen titulado *Historias oceánicas* en el que cada autor examina históricamente e historiográficamente un solo océano o mar; el Atlántico, el Pacífico, el Índico, el Mediterráneo, el Báltico, el Negro, etc. Justamente, yo he contribuido con el capítulo sobre el Atlántico y ahora he añadido otros tres conceptos a la historia Atlántica para reflejar el desarrollo de este campo en la más reciente generación. El primero lo he denominado como la historia *infra*-atlántica, es decir, la historia de las regiones sub-oceánicas, sus costas, golfos, bahías y aguas territoriales y del Atlántico como un mar de islas, desde las islas Azores y las Canarias hasta las Grandes y Pequeñas Antillas. La segunda es la historia *extra*-atlántica, la historia de las conexiones del Atlántico, tanto histórica como historiográfica, con otros mares y océanos, especialmente el Mediterráneo, el Caribe, el Océano Índico y el Pacífico. Y en tercer lugar, hay una historia *sub*-atlántica, es decir, una historia ambiental del Atlántico, esto es bajo la superficie de sus aguas, costas, fondos marinos, corrientes y sus patrones climáticos, todos los cuales afectan a las poblaciones no humanas del Atlántico. ¡Veremos si estos tres conceptos resultan tan influyentes como mi tricotomía original!

MM: En referencia al libro que editó titulado *Pacific Histories: Ocean, Land, People* (2014). ¿Por qué parece más difícil estudiar el Pacífico? ¿Y cómo y por qué deberíamos hacerlo?

DA: La historia de la región del Pacífico, del océano más grande del mundo, que abarca un tercio de la superficie de la Tierra, las islas dentro de ella, los continentes que lo rodean y el pueblo (y otros animales) que lo habitan, es la más grande y más compleja unidad de estudio para la historia global. Esa inmensa región ha tenido algunos historiadores con contribuciones desde perspectivas muy diferentes durante casi un





siglo, pero solo recientemente ha llegado a ser de interés más allá del Pacífico mismo y abarcar las islas que lo comprenden. El Pacífico es difícil de estudiar debido a su gran escala y complejidad. Incluso para incluir a las poblaciones humanas de la región demandaría ir atrás más de 50.000 años, a una región que alberga la mayor parte del comercio mundial, con las economías más dinámicas de la actualidad y algunos de los puntos geopolíticos más peligrosos del globo. Si el siglo xx fue el del Atlántico, ya parece probable que el siglo XXI sea el del Pacífico, aunque no parece que será necesariamente *pacífico*. Creo –y la mayoría de los autores de nuestro volumen están de acuerdo– que el Pacífico debe ser estudiado holísticamente e integrativamente, con un ángulo de visión más amplio y con la más amplia gama de herramientas metodológicas. Solo así podremos apreciar su complejidad política, su centralidad económica y su importancia ambiental para el pasado y el futuro del mundo en su conjunto.

MM. Volviendo un poco a nuestro continente americano, en su libro *La Declaración de Independencia: Una historia global* (2007), usted trata la Declaración de los Estados Unidos como un evento, un documento y «el comienzo de un género», ¿en cuál de estos análisis se hace más claro que el caso de los Estados Unidos es menos excepcional de lo que se pensaba?

DA: La Declaración de la Independencia de los Estados Unidos de 1776 ha sido famosamente llamada como «*American scripture*»¹, un texto casi sacrosanto que encapsula la esencia misma de los valores americanos. En mi libro quería poner esa mirada –y esa reverencia– en perspectiva, mostrando que el documento no era específicamente «americano» en absoluto, ¡incluso si con eso queremos decir solo estadounidense! Como acontecimiento, la Declaración anunció no solo la independencia de los nuevos Estados Unidos, sino la interdependencia de Estados Unidos dentro de un sistema internacional emergente en el mundo atlántico. Como documento, traicionó rastros de sus orígenes transnacionales: la primera impresión, en la noche del 4 al 5 de julio de 1776, fue producida por un irlandés, en papel holandés, usando una

¹ Se refiere al libro de Pauline Maier de 1998 que muestra a la *Declaración* como el enunciado definitorio de identidad nacional y el patrón moral de la nación.





imprensa británica. Solo como principio de un género la Declaración de los Estados Unidos de 1776 fue excepcional: no tenía predecesor directo, sino un gran número de descendientes: más de 120, por mi cuenta, desde 1776 hasta la última década.

MM: Siguiendo con este libro, *La Declaración de Independencia...*, ¿por qué se centró en la teoría internacional en lugar de la teoría política de la Declaración?

DA: Por dos razones, una académica y otra política. La razón académica fue el abandono, como yo lo veía, de las dimensiones internacionales del documento, de su uso de la teoría del derecho natural contemporáneo, de su propósito como anuncio de la entrada de los Estados Unidos en las relaciones internacionales, de su carácter abierto al exterior, y no lo que supuestamente se convirtió como un texto de escritura sagrada estadounidense desde el siglo XIX. La razón política era más urgente, ya que el libro fue concebido y escrito bajo la sombra de la desastrosa política exterior de George W. Bush. El objetivo del libro era mostrar que Estados Unidos había nacido internacionalmente y, más específicamente, que la más fundamental de sus ideas fundacionales era la adhesión a las normas imperantes del orden internacional. Ese mensaje necesita repetirse ahora, ya que un presidente aún más desastroso, con una visión transaccional aún más destructiva sobre la posición de Estados Unidos en el mundo, amenaza con deshacer setenta años de internacionalismo liberal encaminado por este país, poniendo al mundo en un camino peligroso hacia la rivalidad de poder y el entretejido de esferas de influencia. Un ignorante y autoritario demagogo en deuda con los intereses extranjeros era precisamente la pesadilla que los Padres Fundadores más temían, y contra esto construyeron todas esas instituciones democráticas. Queda por ver si estamos presenciando solo el fin del orden mundial del siglo XX, o del propio experimento norteamericano.

MM: La preocupante coyuntura política global me lleva a algunas preguntas sobre su libro *Foundations of Modern International Thought* (2013). Podemos decir que usted trata de obtener una imagen más amplia de cómo llegamos a pensar sobre los estados soberanos modernos en la era de los imperios. ¿Cuándo y cómo ocurrió esto?

DA: Yo argumento en ese libro que se trató de un proceso prolongado sin un momento particular o memorable en el que encasillarlo





–no en 1648, ni en 1815, quizás ni siquiera en 1848–. Ese libro cubre los doscientos años entre los primeros escritos de Thomas Hobbes y las últimas obras de Jeremy Bentham: es decir, de los años 1620 a la década de 1830. Es en este período, argumento, que se establecieron los cimientos –no los orígenes, sino los fundamentos– del pensamiento internacional moderno. Entre esas fundaciones estaba la separación de dos esferas distintas, la doméstica y la internacional. Dentro del ámbito internacional, los estados se convirtieron en los principales actores, no lo fueron los individuos, corporaciones u otros actores no estatales. No había autoridad soberana por encima de los estados, por lo tanto, vivían en una condición de anarquía internacional, comparable a la anarquía interpersonal del estado de la naturaleza. El derecho positivo gobernaba cada vez más las interacciones de estados que se organizaban en un sistema que se reforzaba mutuamente durante el apogeo de los imperios en el siglo XIX. Sin embargo, solo a raíz de la descolonización, a partir de la década de los setenta del siglo XX, los imperios abandonaron finalmente la escena mundial. Se podría incluso argumentar que un mundo de estados, en ausencia de imperios, comenzó hace apenas cuarenta años, aunque los fundamentos de ese mundo ya habían sido establecidos durante los trescientos cincuenta años anteriores.

MM: ¿Qué es la historia intelectual internacional para usted? ¿Y por qué es relevante hoy?

DA: Considero que la historia intelectual internacional abarca dos cuerpos de pensamiento que se superponen: la historia intelectual de lo internacional y las dimensiones internacionales de la historia intelectual. El primero es el material que he tratado en mi libro *Foundations of Modern International Thought*: es decir, la historia de las ideas de lo internacional, así como de lo transnacional y lo global, de aquellos elementos conceptuales que nos han ayudado a entender y darle forma al ámbito internacional desde la época moderna. El segundo, traza la circulación y recepción de ideas y argumentos por encima, más allá y por debajo, de las fronteras nacionales, a través de las regiones e incluso a través del mundo entero; este es también el material cubierto por el emergente y altamente dinámico nuevo campo de la historia intelectual global. Ambos son relevantes hoy en día en un mundo a la vez globalizado y potencialmente desglobalizante, ya que se ha producido una





revuelta brusca contra los efectos de la globalización, con un retorno del nacionalismo, del populismo, del proteccionismo y otros movimientos que creíamos habían sido desterrados de la historia a lo largo del siglo xx. Comprender cómo estas ideas surgieron, viajaron, se apoderan y regresan es una tarea esencial para todos nosotros, incluidos los que hacen historia intelectual.

MM: En su libro *Manifiesto por la Historia* (2014), usted estudia la historia de la *longue durée* y muestra que comienza mucho antes de Fernand Braudel. ¿Cuáles fueron las aportaciones de filósofos como Karl Marx o de la socióloga y economista Beatrice Webb al análisis histórico del largo plazo?

DA: Es un hecho sorprendente que gran parte de la teoría social hasta los años sesenta del siglo xx fue lo que se podría llamar «gran teoría», con totalidades de objetivos explicativos, pretensiones universalistas y de amplio rango histórico. La concepción materialista de la historia de Marx se remontaba desde su génesis a la edad de la acumulación primitiva y a la primera globalización estimulada por los viajeros europeos del siglo xv. Las historias fabianas de Beatrice y Sidney Webb también abarcaron siglos de gobierno local inglés para apoyar los esfuerzos de reforma y renovación a principios del siglo xx. Ni Marx ni los Webb poseían doctorados en historia, por supuesto, pero incluso si hubieran cursado doctorados, sus estudios se habrían focalizado también en largos plazos y no en un par de años. El período promedio cubierto en una disertación de historia en los Estados Unidos. en la década de 1920 fue de cerca de ochenta años, y cayó a cerca de treinta en la década de 1960. Ese promedio viene subiendo desde los años noventa. Estamos viendo un retorno a la *longue durée* en una variedad de campos historiográficos y esto trae consigo la esperanza de que los historiadores puedan recuperar una voz en las discusiones públicas que han perdido en las últimas décadas.

MM: En el libro *Manifiesto por la Historia* usted dijo que los historiadores han perdido influencia en la esfera pública; un lugar ocupado en la actualidad por economistas y antropólogos. ¿En qué deberían centrarse los historiadores para recuperar ese lugar perdido?

DA: El cortoplacismo de nuestros tiempos –en los ciclos electorales, en la contabilidad de las empresas, en la planificación institucio-





nal y en los informes de los medios de comunicación— está muy bien documentado. Menos obvias son las consecuencias de tal miopía. No entendemos las tendencias si vemos solo trozos estrechos de tiempo, en escalas de meses o de algunos años. Si no tenemos las herramientas para descomprimir múltiples formas de causalidades y sus relaciones mutuas, no podemos explicar adecuadamente los desarrollos de otra manera inexplicables. También disminuimos nuestros compromisos éticos con las generaciones futuras si acortamos nuestros horizontes. En todos estos aspectos, los historiadores tienen habilidades que pueden —y, según mi libro *Manifiesto por la Historia*, deben ser devueltos al debate público si queremos afrontar la turbulencia de nuestro tiempo. De manera más específica, como sostengo en mi libro, los historiadores *de la era digital*, aquellos que en la profesión histórica poseen habilidades en la acumulación, presentación y análisis de grandes datos, pueden combinar este conocimiento técnico con su sensibilidad histórica para proporcionar perspectivas críticas sobre el diluvio de datos a nuestro alrededor. Esto, por sí mismo, no determina que los historiadores deban enfocarse en temas o escalas temporales particulares; más bien, es un recordatorio de que los historiadores tendrían que tener más confianza sobre sus contribuciones a los debates más apremiantes de nuestro tiempo, y por supuesto, me incluyo, debemos esforzarnos en abordar las preguntas más amplias posibles que surjan incluso de nuestros estudios más enfocados.

MM: ¿Cómo podemos entonces combinar la *longue durée* que usted defiende y la microhistoria?

DA: Precisamente nos deberíamos preguntar siempre: «¿Cuál es la pregunta más abarcadora que puede ser iluminada por mi estudio de caso particular?». Los historiadores prefieren una profusión de detalles, complejidad y matices; estas son nuestras fortalezas entre las ciencias humanas, pero pueden ser venias a la oscuridad e incluso a la trivialidad si nuestras contextualizaciones ricamente texturizadas no están relacionadas con narrativas o debates más amplios. Hacer esto es solo invertir la motivación original de la microhistoria misma; en manos de sus inventores italianos, la *microstoria* era una herramienta para probar grandes narrativas usando estudios de caso o rastros de archivos. La microhistoria y la *longue durée* nunca fueron concebidas para estar en





competencia o tensión entre sí; solo cuando la microhistoria se convirtió en «historia pequeña» –anecdótica, narrativa y, a menudo, biográfica, enfocada en lo marginal y lo anormal por sí misma– parecía estar en desacuerdo con la *longue durée*. Pero no fue esa la idea esencial.

MM: ¿Qué puede decirnos sobre su libro *Civil Wars: A History in Ideas* (2017)?

DA: Si el *Manifiesto por la historia* es la teoría, mi nuevo libro *Civil Wars: A History in Ideas* es la práctica. Con esto quiero decir que el *Manifiesto por la historia* expuso en términos generales las razones para volver a la *longue durée* y a algunos de los propósitos éticos, así como políticos, que la historia de larga duración podría ofrecer. Uno de los ejemplos del libro es la historia intelectual, un campo que pasó de las historias de largo alcance de las ideas a los estudios contextuales mucho más estrictos, diseñados para restaurar contingencia y especificidad a la disciplina. *Civil Wars...* es un ejemplo de lo que yo he llamado una «historia en ideas»: es decir, una historia intelectual sobre la *longue durée* centrada en casos e instancias particulares de argumentación y contestación dentro de una larga historia de transmisión y recepción, en este caso cubriendo más de dos milenios desde la Roma republicana hasta el presente. En otro lugar me he referido a su método como contextualismo serial y el libro se mueve a través de los siglos mediante una serie de estudios de casos sobre el significado –y las batallas sobre el significado– de la guerra civil; en Roma, la Europa moderna, los Estados Unidos en el siglo XIX y el mundo de finales del siglo XX, por ejemplo. El objetivo es utilizar las herramientas de la historia intelectual para descubrir las raíces de nuestros actuales descontentos, en particular para explicar nuestra confusión recurrente acerca de qué es –o no– una guerra civil en Irak, Siria y otros lugares. Espero que el libro estimule el debate entre los historiadores intelectuales sobre su oficio, entre los historiadores de la *longue durée* sobre la relevancia de la historia intelectual para sus estudios y, sobre todo, entre un público más amplio sobre las huellas sedimentadas de las ideas pasadas en los debates contemporáneos. El libro marca la culminación de mi trabajo hasta la fecha, tanto en la historia intelectual internacional como en la historia intelectual de la *longue durée*. Así también es mi primer gran intento de trasladar mis contribuciones académicas a una forma accesible, a





Anaclel Pons

un público más amplio. En una época en que la «larga paz» desde la Segunda Guerra Mundial parece estar llegando a su fin, espero que el libro ayude a orientarnos a través de la historia en una nueva era de ansiedad e incertidumbre.

